

para que duerma, los colores son oscuros, entre tonos azules y cafés, de tal manera que presagian lo que viene: la aparición del dragón y el pánico de Andrés.

Otro elemento que enriquece muchísimo la propuesta en cuanto a ilustración es el manejo de “planos” diferentes, de acuerdo con lo que se quiere resaltar. Por ejemplo, cuando el texto habla de que Andrés recorría con el cepillo todos los dientes hasta quedar relucientes, lo que vemos es en un primerísimo plano el tubo de la crema dental sobre el cepillo. De igual manera, en la página siguiente encontramos a Andrés en un primer plano revolviendo la sopa con la cuchara.



Da Coll introduce también aspectos propios del lenguaje de la tira cómica, los cuales inician al pequeño lector en un código que podrá reconocer más adelante cuando avance en su formación lectora. Es el caso del “globo” propio de los pensamientos o los diálogos en la tira cómica y que aquí aparece cuando la mamá está enumerando todo lo que llevaba Caperucita en la canasta para su abuelita. En lugar de texto dentro del globo encontramos dibujos de los huevos, la gallina, la mantequilla, la harina y hasta el jabón para los platos.

Generalmente los libros ilustrados corresponden a una categoría que en inglés se ha denominado *picture book*, término más exacto que el utilizado en español, *libro álbum*, y esto se debe quizá a que fueron ellos los inventores e iniciadores de este nuevo género en el que se involucran de

manera armónica y desde el comienzo de la creación el texto y la imagen. Este tipo de libros generalmente lo hace un solo artista, quien trabaja la historia desde el comienzo en ambos lenguajes. No es el caso de *Una cama para tres*, en el que autora e ilustrador son diferentes. Sin embargo, cabe anotar que logran un trabajo bien coordinado en el que hay un diálogo entre los dos lenguajes que enriquece la propuesta como obra total.

En este caso, tanto la autora como el ilustrador, tienen una amplia trayectoria en la creación de libros para niños y jóvenes y logran aunar sus voces en un libro que seguramente apreciarán muchísimo los pequeños lectores.

BEATRIZ
HELENA ROBLEDO

¿Por qué mataron al caimán?

El caimán soñador

Arturo Alape

(ilustraciones: Patricia Acosta)

Editorial Panamericana, Bogotá, 2003, 38 págs.

Fue una sorpresa encontrarnos en la librería con un libro para niños escrito por Arturo Alape. No porque él no tenga derecho a escribir para niños, ¡ni más faltaba!, sino porque Alape es conocido por sus investigaciones y textos sobre temas duros, difíciles y muy, muy reales, como es el de la violencia en este país. Textos como *El bogotazo*, *memoria del olvido*, o *La paz, la violencia, testigos de excepción*, *Las muertes de Tirofijo*, *El diario de un guerrillero*, o los libros de cuentos como *La bola del monte*, o *El cadáver de los hombres invisibles*, no sólo lo han especializado en un tema bastante fuerte y, sobre todo, propio del mundo de los adultos, sino que, en apariencia, lo alejan de la exploración del universo propiamente infantil.

Quizá porque *El caimán soñador* parece una excepción —al menos, a primera vista— en la trayectoria de este escritor, fue que decidimos leerlo y reseñarlo.

Cuando se transita por el mundo de los libros para niños, una de las “garantías” primeras que ofrece un texto —de entrada— es la trayectoria de la escritura para los niños del autor o autora. Aunque algunas veces falle la hipótesis, eso no invalida la regla. Escribir para niños, y sobre todo para los pequeños lectores, requiere, no sólo escribir bien —es decir, ser un auténtico escritor de literatura—, sino también conocer el universo de los niños y de los libros para niños.

La literatura infantil ha desarrollado en los últimos años una estética y una teoría que le son propias y que ponen mucho énfasis en ese lector implícito que hay en cada texto literario que esté dirigido a los niños. Y ponen énfasis también en la importancia que tiene para el niño la experiencia literaria. Si esto no está claro, sucede que uno se encuentra muchos libros para niños plagados de buenas intenciones pero llenos de mensajes ecológicos, moralistas, didácticos; o se encuentran textos escritos de manera muy rebuscada, con exceso de adjetivos, o con una sintaxis tan al revés, que alejan a ese pequeño lector, que no sólo está comenzando a acumular experiencia de vida, sino, y sobre todo, está comenzando a tener un bagaje literario.

Esto no quiere decir que la literatura infantil tenga que ser pobre o simple, o que los niños no comprendan la metáfora —al contrario, su percepción es bastante metafórica—, pero sí debe cuidarse el manejo de un lenguaje, de una sintaxis y de una gramática que estén a su alcance. También es importante que esta literatura demuestre un conocimiento del universo emocional, psicológico e imaginario del niño lector.

Frente a la hipótesis inicial, podemos decir que *El caimán soñador* comienza bien y en el desarrollo de la historia logra acercarse, hasta cierto punto, al mundo del niño.

El caimán es un viejo audaz y marrullero que vive en el río Coreguaje. En verano asolea su panza, porque le han dicho que mejora la calidad de su piel rugosa, y se dedica a dormir y a soñar. El caimán sueña los sueños de todos los animales de la selva. Tiene una amiga pequeña, Mosquita Verde, a quien le cuenta sus sueños, con quien conversa y se divierte dándole piola para que pueda volar muy alto y parecer una cometa.

No hay un conflicto ni un argumento, sino más bien una exploración de las relaciones del caimán y su amiga Mosquita Verde, y una descripción de los sueños del caimán en los que

ve a una hermosa ballena y en ella a un hermoso hipopótamo blanco y en él a un elefante, y en el estómago del elefante a un jaguar agazapado y en las rayas del jaguar a una serpiente y en los cascabeles de la serpiente descubre a un sapo y en los ojos del sapo adivina el aleteo de un colibrí que lleva en su pico una flor y sobre los pétalos de la flor camina un ciempiés y detrás del ciempiés marchan ciegas cientos de hormigas legionarias... [pág. 29]



En este sueño, Alape utiliza los recursos propios del encadenado de la poesía de tradición oral, lo que puede estar cerca del niño lector. Es además una hermosa imagen que ha sido aprovechada muy bien por la ilustradora del libro, Patricia Acosta, quien hace un excelente trabajo caracterizando al cocodrilo, lo mismo

que en el manejo de la acuarela. Utiliza colores fuertes pero a la vez difuminados en aguada que le dan mucha vivacidad a la imagen. También es muy acertado su manejo de la distribución de la ilustración en la página del libro y con relación al texto, lo que hace de esta historia un libro visualmente muy agradable.

Lo que resulta muy doloroso y forzado es el final de la historia, sobre todo para lectores pequeños, quienes difícilmente van a entender por qué mataron al caimán.

Y no es un asunto de temerles a los finales tristes, o pretender defender sólo los finales felices de los libros para niños. Es algo más que tiene que ver con la lógica misma del relato. No hay una motivación intrínseca al relato mismo que justifique (literariamente hablando, no moralmente) que unos hombres le dispararan al caimán soñador. No hay ninguna señal significativa anterior que justifique la aparición de unos hombres con rifles, que disparan y matan al caimán.

Uno puede deducir —extrarrelato— que los hombres son malos porque disparan a los caimanes. Un niño lector o escucha de esta historia podrá igualmente deducir que los adultos son malos porque matan a los caimanes, pero es más grave aún que hayan matado al caimán de la historia, al caimán soñador con el que el niño acaba de entablar una estrecha relación. Acaba de conocer sus sueños, de compartir sus juegos y sus amistades, de conocer sus costumbres y, después de ese cálido momento de afecto, es arrancado súbitamente de este remanso y lanzado a un vacío de la muerte que él no entiende.

Y para completar, días después Mosquita Verde llega a la misma ribera de arena donde acostumbraba a jugar con su amigo e, incapaz de continuar el vuelo, muere allí también.

Es para mi gusto un desenlace demasiado cruel e injusto con el niño lector, por más injusta que sea la realidad. Y precisamente lo que le pedimos a la literatura para niños es que —sin caer en falsos moralismos— le devuelva al niño lo que la

vida cotidiana pretende quitarle: sus sueños y su posibilidad. Pero que se los devuelva no con discursos, sino con buenas historias.



Y aquí volvemos al problema del caimán soñador: no es tanto el final en sí, sino un final que no tiene relación con el tejido narrativo. ¿De dónde salieron esos hombres armados? ¿Por qué dispararon al caimán?, ¿qué relación había entre el caimán y quienes lo mataron? Nada de esto está en la historia. Está quizá en la mente de Alape, quien cae en el error que planteábamos al comienzo: prima el mensaje que quiere dejar por encima de la historia misma. Y volvemos al principio e insistimos en lo importante que resulta la trayectoria y el conocimiento de los niños y de los libros para niños, para lograr una obra que interprete a sus lectores y les entregue lo que ellos necesitan.

Es una lástima que Alape se haya dejado llevar por la necesidad de mostrarles a los niños lo cruel y violento que es el hombre; sobre todo, después de haber creado dos personajes tan encantadores como el Caimán Soñador y Mosquita Verde. Y, lo que es peor, que los haya matado a los dos sin explicación alguna. ¿Por qué esos hombres mataron al caimán? Quizá Alape le pueda explicar a los niños que el mundo es violento, que los hombres persiguen a los caimanes para vender su piel, o que simplemente hay hombres malos, en fin, dará miles de explicaciones, pero son las razones del autor, no las del relato.

Y quizá Alape pueda responder en un relato posterior la pregunta que seguirá rondando en la mente de sus lectores y sobre todo de sus lectores niños: ¿Por qué mataron al caimán, y precisamente al caimán soñador?

BEATRIZ
HELENA ROBLEDO

Igual que en un circo pobre

Los casibandidos que casi roban el sol
Triunfo Arciniegas

Fondo de Cultura Económica, México, 2003, 39 págs., il.

Balada peluda

Ivar da Coll

Fondo de Cultura Económica, México, 2004, 38 págs., il.

En un país todavía bajo el embrujo del llamado *realismo mágico*, la literatura para niños es presa del mismo síndrome, a la enésima potencia: el infantilismo en la literatura, engendro sobrevenido ya sea por exceso de imaginación, y éste es el caso del realismo mágico y su prole, ya sea por exceso de realismo. Si Remedios La Bella asciende una mañana al cielo, igual que la Virgen, mientras cuelga inocente la ropa en el patio, ¿por qué unos cuasibandidos no podrían intentar robar el sol? Más allá del deslumbramiento inicial, a la medida del talento del escritor para tejer la superchería en cada caso, el infantilismo en la literatura no mueve ni una pieza en el alma del lector, niño o adulto. Hay mucha acción en estas obras, pero no encontramos ni un *movimiento*. Todo está en realidad quieto, congelado, sólo porque la vida, propiamente la vida, está ausente, y es así como los personajes de estas obras se distinguen por sus nombres propios, en una genealogía, y por ciertos rasgos, igual que en un circo pobre, así el bigotudo, el carecortado, el gordo cal-

vo, mariposas amarillas, el enano, pero, más allá de esta designación, los personajes no evolucionan en ningún sentido; son, como quien dice, unos *pintados en la pared*.



Claudia Cadena, en un Boletín Cultural y Bibliográfico (vol. XXVIII, núm. 27 de 1991), reseña varios libros escritos para niños, entre ellos tres de Ivar da Coll, y reflexiona ahí acerca de lo que llama *El equívoco de la literatura infantil*, “el intento más bien fallido de un adulto que imposta su percepción del mundo y su voz con la pretensión de dar cuenta del imaginario infantil”. En este texto, Claudia remite a la inocencia, como “elemento inherente a toda creación original”, junto con la poesía y la magia, lo cual, a mi entender, confunde. ¿Inocente, un adulto creador o un niño, inocentes? Esta dualidad, inocente-culpable, a mi parecer, no es lo que distingue al niño del adulto, y es más bien una réplica de la justicia ordinaria y del par cielo-infierno cristiano, salvado-condenado. Creo que nadie es inocente; tampoco culpable, por supuesto, desde que está vivo y lucha por perseverar en su ser en este mundo, con todas sus marcas, las heridas contraídas desde el nacimiento. Sin embargo, me parece que Claudia apunta bien con su crítica, la cual remite a un *Magazín Dominical de El Espectador* (núm. 415 del 7 de abril de 1991) dedicado a los *Principitos del siglo XXI*; alude en particular al texto de Héctor Rojas Herazo incluido en este *Magazín*, donde los niños son vistos como *Los*

centinelas del hombre. Afirma ahí Rojas Herazo que los adultos han olvidado lo que es la infancia, y que “su recuerdo es asunto de grandes poetas [...] Solamente esos niños elegidos —un Homero o un Tolstói— han podido mantener vivo un género, el de la fabulación inextinguible, de tan compleja y peligrosa andadura. Lo demás (dedicarse con asombrosa estupidez a hilvanar chochees en diminutivo) es exponernos a encolerizar sin atenuantes al insobornable personaje que nos asiste y vigila, que alcanza a agredirnos con una impasibilidad que nunca deja de juzgarnos”. Los adultos decepcionan a los niños, sostiene Rojas Herazo, y es radical al declarar que “los niños son los creadores y mantenedores [...] de lo más fecundo, inquisitivo y sobrecogedor de la literatura en general”. Concluye su texto aludiendo a la inocencia, contribuyendo así a la confusión, igual que Claudia Cadena: “Lo que deseo recordar es que la verdadera creación ha sido —siempre, siempre— el resultado de una alianza afortunada entre la inocencia y el terror”. Después de leer la novela, y ver la película *El señor de las moscas*, por ejemplo, es difícil sostener así de tajante la inocencia de estas criaturas, la cual no sabemos bien qué quiere decir, al menos permanece incierta, como ocurre en el relato mismo *La otra vuelta de tuerca* de Henry James, aun si este autor parece insistir en la “inocencia” del niño, de la niña, a toda costa. La inocencia o la culpabilidad serían más bien asunto de una ley o de una justicia que nada tiene que ver con la creación y con la justicia literaria misma, y no es que ésta carezca de una ética; al contrario, sólo que no es un calco de la justicia ordinaria. Léase la novela de Kafka *El proceso*, para ver de qué manera el señor José K lucha por sacudirse de sus hombros estos atributos que le quieren endilgar, inocente o culpable; a cierta altura de la novela, él sabe que no es ninguna de las dos cosas, y lo presiente desde el mero principio del proceso; aunque se enrede un rato con los abogados, siguiendo el consejo de